

La Novela  
Cómica :

20 cts.

berto Insua  
Ro  
ernandez, Catá

Caricatura  
de  
Raquel  
Mello



AGUIAR

LA CULPA AJENA

G-F 18955

Cartagena FOTÓGRAFO

Precios especiales para artistas = **MONTERA, 44**

## La Editora Popular

pondrá muy pronto a la venta el primer número de

# LOS ACIERTOS,

preciosos volúmenes formando colección.

CADA TOMO:

La obra que dió más fama a su autor.

CADA AUTOR:

Uno de los más insignes literatos.

CADA SERIE: 10 TOMOS DE DISTINTOS AUTORES

Muy en breve aparecerá la interesantísima revista semanal

# La Semana Trágica

Narración detallada de los más importantes hechos sangrientos. Errores judiciales. Informaciones de los más célebres criminales. Los robos y sus autores.

DG.  
Com

# LA CULPA AJENA



+ 1318159

C.

LA CURIA VENEZIA

# LA CULPA AJENA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ORIPINAL DE

ALBERTO INSUA

Y

A. HERNÁNDEZ CATÁ

Extrenada con éxito en el TEATRO INFANTA ISABEL, de Madrid,  
el día 11 de abril de 1916



MADRID

Imprenta de March y Samarán, Embajadores, 64

Teléfono núm. 14-51 M.

1919



# LA CULPA ALENA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

DRAMÁTICA

ALBERTO INSUA  
Y  
A. HERNÁNDEZ GATA

Representada con éxito en el TEATRO INEVITABLE ISABEL de Madrid,  
el día 11 de Abril de 1902



MADRID

Imprenta de Ruiz y Serrano, y colaboradores, 64

Teléfono núm. 1.121 M.

1902

R. 176464

ALBERTO INSUA y A. HERNÁNDEZ CATÁ

# LA CULPA AJENA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL,  
ESTRENADA CON ÉXITO EN EL TEATRO INFANTA  
ISABEL, DE MADRID, EL DÍA 11 DE ABRIL DE 1916

## PERSONAJES

Trini, Palou; Angelita, Robles (C.); Peregrina, Siria; Doña Angeles, Valdivia; Cesárea, Cañete; Antonio Hidalgo, Hernández; Soler, Adamo; Don Federico, Lelya; El Manitas, Agudín; Periquito Fuentes, Olozaga.—En Valdecarlos, ciudad de Castilla la Nueva.  
Época actual.

## ACTO PRIMERO

Gabinete amueblado con decorosa modestia en casa de don Federico Gil y Soler. La disposición de los muebles, los lazos que sujetan las cortinas, los abanicos puestos en las paredes con fotografías, todo, revela el cuidado de manos femeninas y juveniles. Formando chalfanes a los dos extremos del fondo, hay, a la derecha, una puerta que da al pasillo donde se abre la de la calle, y a la izquierda, un mirador por donde entra el sol tibio de abril; en primer término, a ambos lados, puertas que llevan a las habitaciones interiores. En el testero del fondo, un gran retrato al óleo de una mujer muy bella, vestida y peinada a la moda de 1870. Sobre una mesita arrinconada, un fonógrafo. Es media mañana. Peregrina, criada vieja, se ha quedado traspuetea en un sillón y ronca beatíficamente al empezar el acto. En seguida Cesárea, criada joven de aspecto palurdo, se asoma a la puerta de la izquierda; y después de llamar a Peregrina con tímidos, se acerca poco a poco para despertarla.

CES.—¡Psch!... ¡Señá Peregrinal! Anda, si se ha quedado dormial... (Entrando y tocándole respetuosamente en el hombro.) Señá Peregrina, escuche usté.

PER.—(Sobresaltada.) ¡Eh!... ¿Qué?... ¡Ah!, ¿eres tú? Hija, se llama de otro modo; no se sacude así a las personas.

CES.—Si no la he tocado ni tanto así...

PER.—No estaba dormida, no vayas a creerte.

CES.—Ya...

PER.—Bueno, ¿qué te duele? Vamos a ver.

CES.—Como dolerme, na; sino que quieo irme de esta casa.

PER.—(Con contenida indignación.) Pues... no haber esperao a que la señora y la señorita Trini se fueran a misa, y a que yo me quedara sola con la señorita Angelita, pa decirlo.

CES.—Como usté aquí no es propiamente una criada...

PER.—Lo que soy es una criada con... vergüenza, de las que ya no se gástan. ¿Estamos? Si te quisés ir, pa luego es tarde: ves, recoge los cuatro pingos que has trafo, y andandito, que como no eres de pueblo ni tiés el pelo de la dehesa, que digamos, vas a encontrar en segúa acomodo.

CES.—No se meta usted conmigo; que bien sé que hace un mes que he llegado del pueblo y que tienen que aprendérmelo to. Pero es que...

PER.—Es que ya te han llenao de viento la cabeza... Ya me parecía que tardaban.

CES.—Yo no quería creerlo, pero son tos a hacer advertencia: las del mercado, las del portalillo, esa que vende cintas y carretes, y hasta el sacristán de los Dolores.

PER.—Pues bien que le adula a las señoritas pa guardarlas las sillas... ¡La envidia y la calunia que corren por este Valleclaro de mis pecaos!

CES.—M'han dicho, verá usted; m'han dicho...

PER.—No me lo cuentes, que ya me duelen las orejas de escucharlo y la boca de desmentirlo. No me lo cuentes, porque... ¡te araño!

CES.—Pero si yo...

PER.—No hay pero ni membrillo... ¿Has visto tú algo malo en la casa?

CES.—No, señora.

PER.—¿No te parece esta casa muy cristiana y de mucha decencia?

CES.—Sí, señora.

PER.—¿Has visto en tu vida mujer más santa que la señora, y niñas más buenas que las niñas?

CES.—No, señora.

PER.—Entonces, ¿pa qué crees esos infundios?

CES.—Es lo que yo digo... Yo no quisía creelo. Yo digo que aquí se está bien, que se respira.

PER.—Y que se come.

CES.—Sí, señora... y que se come en forma, y que como haber orden lo hay...; pero le dicen a una que si tal, que si cual, y una, la verdad, tié que mirar por una, porque una es joven y... ya sabe usted, señá Peregrina...

PER.—¡Sí, que doña destripaterrones corre peligro en esta casa!... ¡Sabe Dios qué no habrás tú dejao en el pueblo!

CES.—Yo no he dejao na.

PER.—Pues te lo habrás traío pa soltárnoslo aquí.

CES.—¡Señá Peregrina!

PER.—Como que los paseitos por los trigos y los pinares de esos pueblos concluyen muy a menío en la ciudad.

CES.—Yo no soy de ésas. Y no me falte, que yo a nadie le faltao.

PER.—Has faltao a la casa de mis señoritas.

CES.—Habrá sío sin querer... Es que m'han dicho cosas mu gordas, señá Peregrina...

PER.—Y parece que, con lo gordas que han sío, te las has tragao. (Señalando el retrato.) Ah! la tiés... Ah!, onde la ves, con tos los pecaos que hizo, y los que cuelgan, entró vestidita de bailarina y con zapatitos blancos en la Gloria.

CES.—(Apartándose con espanto cómico.) Pero... ¿es esa señora la que dicen que...?

PER.—Esa misma... Mírala de cerca, que no muerde.

CES.—(Acercándose con timidez, como atraída por el retrato.) ¡Qué maja que era! ¿Y es verdad lo que dicen? Yo no lo pueo creer.

PER.—Verdad que era una señorita de lo más principal y que estaba pa casarse con un título de aquí, cuando dió la campaná con un tenor de esos que cantan en italiano y se escapó con él a Paris de Inglaterra, por el mundo arriba, y que aluego se metió a bailarina y la llamaban la «Bella Española» y que un príncipe se condenó por ella, dándose un tiro aquí, en la mollera mismamente, y qué sé yo más cosas... y que la historia anda en papeles y romances, por si no lo sabías.



CES. — ¡Hay que ver!...

PER. — Y verdad también que tuvo una hija — que es la señora, nuestra ama, pa que te enteres — y que vino a Valleclaro a pasar la vejez y a morir como una santa... Estas mancs, ¿las ves?, le cerraron los ojos y la vistieron el hábito de las Dominicas. Se fué pa arriba más pura que un ángel: confesión, viático; na la faltó.

CES. — ¡Hay que ver!...

PER. — Después, sólo el señorito don Federico fué hombre pa casarse con la señorita Angeles, porque tcos creían que, como la madre había tenido ese mal nase, la hija había de ser mala. ¡Y mentó chasco que se han llevaol

CES. — (Maravillada.) ¡Hay que ver!...

PER. — Y como se equivocaron con la hija, que salió de lo más cabal que hay en el señorío de Valleclaro, pues ahora esperan que sean las pietas... y más chascó se van a llevar. ¿Te vas enterando?

CES. — Sí, señá Peregrina.

PER. — Al principio decían que era pa vengarse de la plantá que le dió al señorón de aquí... ¡Mia tú, que ni que hubiera sido el patrón del pueblo!... Después, cuando se murió el buen hombre de un reventón de bebía, porque era de esos que se pasan día y noche tomando mejunjes en el café de las arcadas, no sé yo que tuvieran va que vengar a nadie, y la cosa siguió igual. No hay calunia que se pierda, ni habladoría, ni maldad que no venga a parar a esta casa. ¡Por justicia los hubiera puesto yo con más de cuatro cosas que nos han hecho; que si se las hubieran hecho a otra casa, too el mundo en Valleclaro habría protestaol! En la casa de las bailarinas, como nos dicer, hay honra pa dar a mucha de esa gente que chilla, pa que nadie repare en lo que hacen... Conque, ya sabes a qué atender; y ahora, a la calle a pasar bambre y malos tratos, o a la cocina; elige...

CES. — Siendo así...

PER. — Pa la cocina entonces, no te se vaya a pasar la pierna de cordero, que hoy, como toos los domingos, viene a comer un sobrino del señorito, el único de la parentela que visita la casa.

CES. — ¿Ese señorito que tiene las manos tan largas?

PER. — Ese; y faese mejor que no viniera, que es un gorrón y un mal bicho, y ya tengo yo la mosca en la oreja con lo que se trae. ¡Eal, andando. Ahí viene la señorita Angelita.

CES. — Voy primero a batir los colchones, que ya he empezao.

PER. — Ves.

(Cosára sale por la derecha, y casi al mismo tiempo entra Angelita, vestida con traje de casa. Es una muchacha de veinticuatro a veinticinco años, un poco anémica y de aire medroso; la triste conformidad de su mirada indica que ya ha sufrido más de lo que merece su edad y que se resigna de antemano a todo cuanto pueda pasarle.)

ANG.<sup>a</sup> — ¿Has visto quién está ahí, Peregrina?

PER. — No.

ANG.<sup>a</sup> — Asímate, verás.

PER. — (Después de mirar discretamente por el mirador.) ¡Hum! Muy temprano empezamos hoy.

ANG.<sup>a</sup> — Lo vi desde la ventana del comedor, y me ha hecho señas de que quiere hablarme.

PER. — ¡Atalo corto, nena!

ANG.<sup>a</sup> — Tú la tienes tomada con él.

PER. — ¡Atalo cort; te lo digo yo.

ANG.<sup>a</sup> — Si no hace falta. Es tan serio y tan respetuoso.

PER. — Acuérdate de la confianza que teníamos en don Luisín.

ANG.<sup>a</sup> — Este es otra cosa.

PER.—Cada uno que llega os parece que es otra cosa... y siempre resulta la misma. A vosotras no os basta con ser buenas, sino que tenéis que demostrarlo.

ANG.<sup>a</sup>.—¿Y a quién le vamos a hacer caso entoces? ¿De quién nos vamos a fiar? Mejor será que rompa de una vez con él y que renunciemos a casarnos.

PER.—No, no; no me hagas caso... Yo no soy más que una pobre criada vieja que os quiere mucho. ¡Qué sé yo!... Sería demasiado bueno el que tú te casaras con el hijo de los marqueses de Fuente; por eso me da miedo.

ANG.<sup>a</sup>.—(Involuntariamente.) A mí también.

PER.—Anda, despáchalo pronto, que tu madre y tu hermana van a llegar.

ANG.<sup>a</sup>.—Sí. (Angelita ha sacado del costurero un teléfono de novios: dos cajas cilíndricas de cartón unidas por un bramante muy largo.)

PER.—Pero ¿os entendéis con eso?

ANG.<sup>a</sup>.—Algunas palabras no se oyen, pero...

PER.—Eso se va ganando. Siempre tuvo el marquesito fama de muy descarado y libre de maneras.

ANG.<sup>a</sup>.—Habrá cambiado, si es que me quiere.

PER.—¡Ojalá!... Voy a ver qué hace la paleta.

(Peregrina sale. Angelita se asoma al mirador y hace señas a su novio, que espera en la calle; después lanza uno de los tubos del teléfono y, cambiando oportunamente el que le queda del oído a la boca, empieza la conversación.)

ANG.<sup>a</sup>.—Ya has visto... fui a misa de siete con Peregrina... ¡Qué tonto!... ¿Papá!... En el casino... ¿Dónde dices que viste a mamá y a Trini?... ¡Ah!, sí, irían a comprar el postre... No, sola no: estoy con Peregrina y la muchacha nueva... ¿Lástima?, ¿y por qué?... No, dímelas por el teléfono... Subir, no; Me enfadaré... No te incomodes; ¿por la mirilla? No subas, ¡no subas!... (Quitándose del balcón) Peregrina...

(Va a llamar, pero se arrepiente, y después de mirar de nuevo y de cerciorarse de que Periquito Fuente sube, sale con súbita decisión por la puerta del fondo. En cuanto la escena queda sola, Cesáreo, cargada con dos almohadones y un sacudidor de mimbres, sale por la puerta de la derecha, cruza la escena, se acerca otra vez al retrato y, después de lanzar un nuevo «¡Hay que ver!», sale por la izquierda. Angelita entra por el fondo; viene andando de espaldas, rechazando a Periquito Fuentes, que, sonriendo, pero un poco inquieto, entra detrás de ella.)

ANG.<sup>a</sup>.—No, no; eso no está bien.

PERI.—Si es un momento, tonta.

ANG.<sup>a</sup>.—Me dijiste que abriera sólo para darme una carta. Vete.

PERI.—Dime antes que me quieras.

ANG.<sup>a</sup>.—Ya lo sabes... Mamá y Trini van a llegar.

PERI.—Hoy es misa de las largas; tardan aún.

ANG.<sup>a</sup>.—Y papá...

PERI.—Ya está jugando con mi padre y el general en el casino.

ANG.<sup>a</sup>.—Vete, vete... También puede llegar el primo Soler.

PERI.—En cuanto a ese!...

ANG.<sup>a</sup>.—(Nerviosa.) Si querías que te diera una prueba de confianza, y a te la he dado. Sé tú ahora bueno conmigo, y demuéstrame que me quieres, que me respetas.

PERI.—Si yo te lo demuestro, pero...

ANG.<sup>a</sup>.—Sin pero.

PERI.—Demuéstramelo tú también, arda... Uno solo.

ANG.<sup>a</sup>.—¿Qué?...

PERI.—Un solo beso.

ANG.<sup>a</sup>—No, eso no está bien; vete en seguida, si no quieres que me incomode.

PERI.—(A punto de encolerizarse.) El que va a incomodarse soy yo. (Otra vez sonriente.) Eso son melindres ridículos... Tú sabes que he de casarme contigo, que soy un caballero... Un beso no es nada.

ANG.<sup>a</sup>—En mi, sí.

PERI.—En ti menos que... (s decir. ¡Yo que habia subido para eso!

ANG.<sup>a</sup>—Pues vete.

PERI.—Concluiremos para siempre entonces.

ANG.<sup>a</sup>—Esta bien.

PERI.—¿He de ser yo menos que otros?

ANG.<sup>a</sup>—¿Que quién? ¡Dílo!

PERI.—Que otros...

ANG.<sup>a</sup>—No es de caballeros insultar sin pruebas. Demasiado sabes que me calumnias. Ahora soy yo la que concluye. Sal de aquí. (De súbito, abatida.) ¡Siempre la calumnia, Dios mío!

PERI.—(Aprovechando el desfallecimiento de Argelita.) Pero ven acá, tonta; no me hagas caso. ¡Con lo que yo te quiero!

ANG.<sup>a</sup>—Que no... Déjame.

PERI.—Ya me habrías complacido, y estaríamos los dos tan contentos. (Acercándose.) Anda...

ANG.<sup>a</sup>—Si me tocas, grito.

PERI.—No serás capaz.

ANG.<sup>a</sup>—Acércate y... (El se acerca, y Angelita, con voz indignada y llena de lágrimas, grita: ¡Peregrinal! Peregrinal)

PERI.—¡Me la has de pagar!

ANG.<sup>a</sup>—¡Peregrinal!

PERI.—(Kabioso.) No es virtud, sino habilidad... Querías cazarme como a un bobo. (Aparece en la puerta de la izquierda Peregrina con la escoba en la mano.)

PERI.—¿Qué hace usted aquí?

ANG.<sup>a</sup>—Acompaña a ese hombre a la puerta.

PERI.—¿A mí, a mí?

PERI.—(Empujándolo con irónica suavidad hacia la salida.) A usted, sí, señor; al marquesito de Fuente, que vino por lana y se va trasquilado.

PERI.—¿Echarme de este modo?... ¡Y de esta casa!...

ANG.<sup>a</sup>—No insultaría usted así si hubiera aquí un hombre.

PERI.—¿Qué hombre ni qué rábanol... Yo sola me basto para este siete-mesino.

PERI.—Oiga usted: no me empuje.

PERI.—Y de gracias que no lo echo a escobazos, como basura.

PERI.—Mucno ojo.

PERI.—¡Fueral! ¡Fueral!

PERI.—(A Angelita.) ¡Vas a acordarte de mí!

PERI.—¡Largo! (Peregrina sale empujando al marquesito por el fondo, y aún se oye su voz insultándolo desde dentro.) ¡Marquesito apollado... vaya norama! (Angelita se ha echado sollozando en un sillón. En cuanto queda sola, asoma por la puerta de la derecha la cara curiosa y espantada de Cesárea, que se retra vivamente al entrar Peregrina.) Ya va con viento fresco.

ANG.<sup>a</sup>—Somos muy desgraciadas!... Todos han de figurarse lo mismo.

PERI.—No te di un escobazo por no enuciar la escoba.

ANG.<sup>a</sup>—¡Y siempre será igual!...

PERI.—No llores... Hay que despreciarlos, que ya se irán convenciendo,

ANG.<sup>a</sup>—Sí, cuando se nos haya pasado la juventud entre insultos... A  
también se te saltan las lágrimas.

PER.—¿Yo lágrimas?

ANG.<sup>a</sup>—¿Crees que no te veo?

PER.—(Sin contenerse ya) De rabia, lloro de rabia, porque siento un  
ahogo... Debía de haber una vez al año, como es Nochebuena pa los pavos  
en que el Gobierno permitiera matar sinvergüenzas. ¡Los pescuezos que iba  
yo a retorcer!... (Se oye la voz de Soler, que grita alegremente desde  
dentro:)

SOL.—¿Se deja ya aquí la puerta abierta?

ANG.<sup>a</sup>—¡El primo Soler!

PER.—Los primos sois vosotros en recibirlo, que pa familia como él más  
valía no tenerlo. Tampoco iba a tener ese el pescuezo seguro.

ANG.<sup>a</sup>—Calla.

PER.—¡Qué calla ni calla! Noventa reales le presté pa ver si por no pagar  
melos no ponía más los pies aquí, y de na m'ha servio.

(Entra Soler. Es un vividor que fresa ya en la cuarentena; dentro de su cabeza, en la que  
los cabellos negros y los blancos luchan a ver quién puede más, se resuelve a diario el  
problema de vivir sin trabajar, contando sólo con el dinero de los otros. Es desenfado de  
sus ademanes irrita a Peregrina, que le habla siempre con mal encubierta hostilidad.  
Trae en la mano un paquete de discos para el fonógrafo.)

SOL.—¡Ho a

ANG.<sup>a</sup>—¡Hola!

SOL.—(A Peregrina.) Usted nunca responde, ya lo sé.

ANG.<sup>a</sup>—Mamá y Trini deben de llegar de un momento a otro.

SOL.—Cree que Trini iba a quedarse esta mañana en casa... ¿Qué te ha  
pasado con tu novio?

PER.—(Bruscamente.) Nada.

SOL.—Me lo tropecé en la escalera y me soltó un bufido. ¿Estáis de  
morros?

ANG.<sup>a</sup>—Hemos concluido para siempre.

SOL.—Ya; para siempre, quiere decir hasta mañana.

PER.—Es que yo lo he echado de aquí a escobazos, como voy a echar  
más de un sinvergüenza.

SOL.—(Sin darse por aludido.) Hace usted bien, Peregrina. (A Angelita.)  
Aquí le traigo a Trini unos discos de cante flamenco, que dan la hora. ¿Está  
bueno el fonógrafo?

ANG.<sup>a</sup>—Bueno, gracias.

PER.—Ma aficionao nos ha salio usted a la música en conserva, señor  
Soler.

SOL.—Llámeme Soler a secas. Todo el mundo me llama así desde mu  
chacho. El ministro, que vino para la inauguración de la estatua, y que por  
cierto se fué enamoradísimo de Trini, me decía don Soler. Creo que si al  
guien me llamara Eulogio, ni volvería la cabeza: como si no fuese conmigo.

PER.—Me alegro que me lo diga usted, porque uno de estos días voy a  
pa hablarle de un asunillo, y quiero saber cómo llamarlo.

SOL.—¿Se refiere al pico que le debo? Tendrá que esperar que se vuel  
van las tinas y suban los liberales otra vez, a ver qué destino me dan.

PER.—Lo hará ama de cría del Ayuntamiento, como la otra vez.

SOL.—Amén. Soy capaz de ponerme el collar de monedas, si ocurre...  
Hombre, Peregrina, ha tocado usted un asunto del que quería yo hablarle  
(A Angelita.) Dispensa que hablemos de negocios, chica.

ANG.<sup>a</sup>—Sí.

PER.—Hum'...

SOL.—Hay años en que no está nno para nada, como dijo el otro..., y precisamente yo pensaba pedirle quince pesetitas más, para que hiciéramos cuenta redonda. (Ante el gesto indignado de Peregrina.) ¿No? No nos incomodemos por esa bagatela: se las pedirá a Federico.

PER.—¡Puahl... Voy a darle eso a la portera. (A Angelita, por Soler.) Ten cuidado. (Sale muy indignada por el fondo.)

SOL.—Va que echa chispas... ¿Quieres que pongamos el fonógrafo?

ANG.<sup>a</sup>—No tengo humor.

SOL.—Todo lo que os pasa es porque queréis.

ANG.<sup>a</sup>—Ya vas a salirme con tu monserga de que nos dediquemos al teatro, de que con nuestras voces y con el nombre de la abuela... ¡Maldito nombre!

SOL.—Porque no sabéis explotarlo. Es estúpido vivir de una mísera renta y de lo que tu padre le saca al tresillo, cuando podáis ganar millones.

ANG.<sup>a</sup>—Cuéntale todo eso a Trini, que te lo aguanta.

SOL.—Trini es menos tonta que tú, y eso que ahora, con ese imbécil de archivero, está en ñiña cursi. Con veinte lecciones debutabais, y...

ANG.<sup>a</sup>—A vivir todos.

SOL.—Pues sí; toda la familia irá para arriba. ¿Es que no se puede ser honrada y digna en cualquier parte? Más de un empresario habría en Madrid que os contratara en seguida; y hasta quien se metería a empresario para sacaros... El ministro que estuvo aquí, sin ir más lejos.

ANG.<sup>a</sup>—¡Déjame en paz!

SOL.—Cantando flamenco Trini y tú cuplés...

ANG.<sup>a</sup>—¡Dale!

SOL.—Pero es que aquí os marchitáis por fuera y os consumís de rabia por dentro. ¿Ves al marquesito? Pues ése no se casa contigo; me consta.

ANG.<sup>a</sup>—Mejor.

SOL.—Y si Trini se figura que ese archivero, que no debíais tratar con la fama de socialista que tiene, viene por ella, está lucida.

ANG.<sup>a</sup>—También te consta; bueno.

SOL.—Como que viene por ti.

ANG.<sup>a</sup>—¿Por mí?

SOL.—No hay más que fijarse en cómo te mira cuando no puedes verle.

ANG.<sup>a</sup>—(Contrariada, pero con involuntaria esperanza.) ¿Por mí? ¡Pobre Trini!...

SOL.—Un porvenir, chica: seis mil reales al año.

ANG.<sup>a</sup>—A papá le han dicho que es de familia influyente, y que el duque de la Encina le va a encargar de no sé qué arreglos en su biblioteca. (Se oye ruido dentro.)

SOL.—Será para limpiarla de polillas y telarañas... ¡Ojol... Ahí viene ese basilisco doméstico de Peregrina. Por si no puedo hablar a solas con Trini, dile que aquí dejo los discos, y que lo que sobró del dinero se lo traré mañana sin falta. Voy a dar una vuelta y vuelvo a almorzar.

ANG.<sup>a</sup>—Bien... ¡Ah, sois vosotras!...

(Entran Peregrina, Trini y doña Angeles. Trini no tiene el mismo carácter de su hermana: es viva, inconforme y posee un fondo de alegría en el alma, que aprovecha el menor resquicio entre sus sinas borges para manifestarle.)

TRI.—Ya nos ha dicho Peregrina...

ANG.—¡Vengo indignada!

ANG.<sup>a</sup>—Ya ves...

ANG.—¿Por qué le abriste, hija?



ANG.<sup>a</sup>—Yo, mamá...

ANG.—Hiciste mal.

TRI.—¡Qué asco de hombres! Otra vez por poco me pasa a mí lo mismo con Paco Rodero. Sólo que yo, como no quería separarse de la mirilla, cogí un buche de agua y... ¡figúrate la ducha! De las pocas que se habrá dado en su vida.

ANG.<sup>a</sup>—Dichosa tú, que sabes echar las cosas a broma.

TRI.—Para no morir de rabia.

ANG.<sup>a</sup>—¡Sabe Dios cómo contará él eso por ahí!

TRI.—¡Y lo creerán!

ANG.—¿Qué mal hemos hecho, Señor?

PER.—¡Vaya no se pongan así las tres, que en viéndolas afitigias, no soy na! Más que han dicho otras veces, no han de decir. Lo que es esta vez, no hay que dejarlo así. ¡Si tuviéramos en la familia un hombre!...

ANG.—¡Un verdadero hombre!...

SOL.—(Obligado a salir de su mutismo.) Yo, francamente...

PER.—¿Quién le habla a usted?

SOL.—Es que no creo poder usurpar el lugar del tío Federico; él es el jefe de la familia, y el único a quien corresponde...

ANG.—Basta; no hablemos más de esto. (A Angelita.) No llores más tú... Lo que haya de hacerse se hará.

SOL.—Yo volveré luego... Tal vez no pueda venir a comer; pero volveré. (Al ver que un silencio hostil acoge sus palabras.) Hasta después. (Sale por el fondo.)

PER.—¡Si no se va, le pego, señora!

ANG.—Ve a cerrar la puerta, y vuelve aquí, el sobrino de mi marido sobra en este consejo de familia, pero tú no.

ANG.<sup>a</sup>—Más de la familia eres tú que él. (Sale Peregrina.)

TRI.—Ahora el archivero se enterará del escándalo, y también nos huirá.

ANG.—Y ése parecía venir con buen fin.

TRI.—(Taconeando de rabia.) ¡Hay que tomar una determinación!

ANG.<sup>a</sup>—¿Y qué vamos a hacer nosotras, pobres mujeres?

TRI.—¡Matar, rabiarse, defendernos!... ¡Todo menos seguir así! ¡Casi era preferible meterse a bailarina de una vez!

ANG.—¡¡Tris!!!

TRI.—Tú no te das cuenta de nuestra situación.

ANG.<sup>a</sup>—No seas injusta.

ANG.—También yo la sufrí, y encontré al fin con quién casarme; vosotras encontraréis lo mismo.

TRI.—Nos casaremos a los cuarenta años.

ANG.—Da pena oírte.

ANG.<sup>a</sup>—Aún somos jóvenes; tiene razón mamá.

TRI.—¡Vaya una juventud!... ¡Si salieran cansas de sufrir, iba yo a parecer Matusalem!

ANG.—¡Psch!... Ahí oigo a tu padre, hablando con su primo y con Peregrina. Que no nos vea así!

TRI.—Papá, papá... ¡Si pudiera yo ser hombre siquiera un día!...

ANG.<sup>a</sup>—Tampoco le vamos a obligar a que c meta una imprudencia.

ANG.—Eso no; pero bien puede pedir una satisfacción al padre del marquésito, que es su compañero de tresillo a diario.

TRI.—Dirá lo de siempre. ¡Como si a nosotras nos importara que él desplume en el casino a los padres de quienes nos insultan!

ANG.—¡Que te calles!

TRI. — ¡Vaya una venganza! ¡Cualquiera diría que hace causa común con-  
tra nosotras!

ANG. — Nos has robado el genio, hija mía.

TRI. — Mejor si salgo a la abuela. ¡Ojalá saliera del todo!

ANG.<sup>a</sup> — No sabes lo que dices.

TRI. — ¿No recogió, una a una, papá, las postales de la abuela que publi-  
có Paco Roderó, en vez de romperle la crisma? Bueno es ser prudente, pero  
no tanto. ¿No te ha aconsejado a ti misma, mamá, que quites ese retrato  
de ahí?

ANG.<sup>a</sup> — Y tal vez tenga razón.

ANG. — No, eso sí que no, una sola vez me lo dijo y supe qué contestarle  
en eso sí que soy intransigente: es mi madre y no tengo por qué avergon-  
zarme de ella. Si supiera que vosotras lo hacéis, sería aún más desgraciada  
de lo que soy.

ANG.<sup>a</sup> — Yo no, mamá. (Un silencio. Trini taconeá sin ceder. Entran don  
Federico y Peregrina.)

ANG. — Ya te habrá dicho Peregrina...

PER. — No quise hablarle, para que el primo no lo oyera too.

FED. — ¿Qué pasa?

ANG. — El hijo de tu amigo el marqués...

FED. — (Con alegría de jugador.) ¿El marqués? Dos codillos en hora y me-  
media. Se dan pocas mañanas como la de hoy: ochenta y siete pesetas...  
(Mostrando el dinero.) Mira.

TRI. — ¡No decía yo!...

FED. — Tuve una mano espléndida: seis triunfos de estuche y tres firmes...  
Bola sin corte.

TRI. — Y mientras tú ganabas el dinero del padre, el hijo aquí!...

ANG.<sup>a</sup> — Trini respeta a papá.

TRI. — ¿Por qué no hace él que nos respeten a nosotras?

FED. — A ver, a ver...

ANG. — Federico, yo no quiero contarte nada; no quiero que venzas el na-  
tural pacífico de tu carácter; quiero, únicamente, que huyamos de aquí. Hoy  
se ha hecho a una de nuestras hijas una ofensa de esas que...

ANG.<sup>a</sup> — Sí, papá.

TRI. — Somos las cienicientas de Valleclaro.

ANG. — Tenemos que sacrificarnos por ellas... Casarse es el fin natural de  
las mujeres, y ya ves que los años se les pasan.

FED. — No son tan viejas.

ANG. — Es mejor no engañarse: no son viejas, pero es preferible expo-  
nerlas a que lleguen a viejas con la amargura de no haberse casado, y a que  
puedan decirnos: fué por vuestro egoísmo? Ningún novio les dura; si algún  
forastero se acerca, atraído por el palmito de las chicas, al poco tiempo la  
ponzoña del pueblo lo malea o lo aparta... Tú lo sabes; tú, que fuiste bueno  
para casarte conmigo, que estaba en igual circunstancia que ellas, recuerda  
cómo he cuidado tu casa, y te he sido fiel, y he procurado hacerte llevadera  
la vida... Y ellas son como yo, y merecen que nos sacrificemos... Vámo-  
nos a otro sitio, Federico; que estas hijas no se nos malogren.

FED. — ¿Qué os han he ho?

ANG.<sup>a</sup> — Sigue el consejo de mamá sin preguntar.

PER. — Dice bien la señora.

FED. — No; quiero saber, me lo habéis de decir.

TRI. — ¿Para qué?

FED. — Soy viejo, pero puedo aún defender mi casa. ¡Soy vuestro padre,  
y aún puedo matar o morir para redimiros de una vez de la maldita herencia.

(Al ver el gesto doloroso de su mujer.) Perdóname, Angeles; perdonadme vosotras también. (Hay una pausa corta y dolorosa en la cual, durante un instante, todas las miradas se encuentran en el retrato de la abuela.)

ANG.<sup>a</sup>—Podíamos irnos al pueblo, papá.

TRI.—Es preferible enterrarse en el pueblo.

FED.—Y vivir allí de una mísera renta; y que os caséis con dos patanes...

ANG.—Siquiera, para ellos, serán dos señoritas y las respetarán.

FED.—Aquí, al menos, yo gano diariamente al tresillo y nos ayudamos... Vivimos casi de eso...

TRI.—Para nosotras eso no es vivir.

PÉR.—Yo trabajaré también allá, si hace falta.

FED.—(A Angelita.) ¿Y no habrá algo de culpa o de imprudencia tuya?

ANG.—Tal vez... Pero esa imprudencia, que tantas cometen, es pecado venial, y ninguna otra la paga tan cara como ella va a pagarla. Federico, no te enfades: tú no eres lo que se dice un hombre valiente, y, sin embargo, has dado una gran prueba de valor en la vida al casarte conmigo.

FED.—Angeles...

ANG.—Ya ves que no te salió mal. Sé ahora valiente otra vez. No sólo se es valiente matando o dejándose matar... Sé valiente como lo fuiste antes... Vámonos.

ANG.<sup>a</sup>—Sí.

ANG.—Renuncia a esa ganancia del juego, que envuelve no sé qué vergüenza, porque jugar bien no es una profesión... Con algo que trabajes y con lo poquito que la tierra da...

ANG.<sup>a</sup>—Nosotras coseremos, si es preciso.

TRI.—Aquí están mis manos.

PER.—¡Antes me las tenían que cortar a mil!

(Suena dentro un timbre.)

FED.—¿Quién será?

TRI.—Será el primo Soler.

ANG.—Se fué huyendo en cuanto nos vió acongojadas.

ANG.<sup>a</sup>—Creerá que ya ha pasado la cosa, y vuelve a comer.

PER.—(Belicosa.) ¡Voy!... ¡Ya verán!...

ANG.—No... Ve tú, Trini. (Sale Trini por el fondo.) Que nadie sospeche lo que pasa.

ANG.<sup>a</sup>—Ya se sabrá en todo Valleclaro.

FED.—¡Psch!

ANG.—No parece la voz de tu primo. (Don Federico se levanta y va hasta la puerta del fondo. En cuanto ve quién llega, cambia el gesto familiar por uno más cumplido y amable, y dice:)

FED.—Pase usted, pase usted... ¿Cómo va a quedarse en la puerta?

Doña Angeles, Angelita y Perogrina, esombradas, esperan. Entra Trini con Antonio Hidalgo, joven de vestir correcto, pero nada elegante, cuyo desaliño acentúa la corbata deshecha, el traje en desorden y el sombrero abollado. Su actitud denota, al mismo tiempo, decisión y cortedad, y, a pesar de su entrada brusca y de traer amoratado un ojo, no aparece ridículo.)

TRI.—Pase usted por aquí.

HID.—Era... Verá usted... Ustedes perdonen.

ANG.—Siéntese, cálmese usted.

HID.—He subido de cuatro en cuatro las escaleras, y...

FED.—Ya se nota. Siéntese.

HID.—Venía nada más a darle a una criada... es decir, a decirle... y como me ha abierto la puerta Trini, digo... esta señorita... (Don Federico

le hace un gesto más imperativo para que se siente y él obedece.) Ustedes se reirán de mí.

TRI.—¡No faltaba más!

HID.—Una primera visita sin ser presentado, y... en esta facha...

ANG.—Está usted muy bien.

HID.—Muy bien desfigurado, señora.

TRI.—Pero, vamos: usted se ha caído...

HID.—No, señorita, no...

ANG.<sup>a</sup>—A usted le ha pasado algo, señor Hidalgo.

FED.—Hace un momento, en la puerta del casino, no tenía usted la cara así.

HID.—No, señor, no... Ha sido... ha sido una pequeña polémica con e marquesito. Tuve que darle unos escorrones, y cuando me lo quitaron de entre las manos me tiró desde lejos una caja de dominó, y... (Señalando al ojo amoratado.) Ya ven ustedes... Ha debido darme con el seis doble. (Se lleva el pañuelo a una oreja y al retirarlo se ve que está manchado de sangre.)

ANG.<sup>a</sup>—¡Usted está herido!

HID.—No es nada.

TRI.—Trae esparadrapo de tu botiquín, papá.

ANG.—Sí, ve.

HID.—(A Peregrina, que acude con una jicara con agua y unos algodones.) ¡Ah!, mil gracias; me lavaré yo mismo. ¡Lo que tengo es una sed!... (Se acerca la jicara a la boca.)

TRI.—¡Que es agua oxigenada!

HID.—También necesito oxígeno, no crean... En este Valleclaro se respira mal, y dispénsenme ustedes que son de aquí... ¿Quiere usted ser tan amable de darme ese esparadrapo, don Federico?

FED.—Sí, ahora mismo. (Don Federico sale y en seguida Antonio Hidalgo, rápidamente, ruborizado, saca un paquete de cartas del bolsillo y se las entrega a Angelita.)

HID.—Tenga usted: son sus cartas, las que usted le escribió... Se las arranqué a la fuerza.

ANG.—Pero...

ANG.<sup>a</sup>—Gracias.

HID.—No me dé las gracias: cualquiera hubiera hecho lo mismo. Empezó a leerlas en alta voz a un grupo de imbéciles como él, y yo no pude contenerme... Ya sé que no tengo derecho para hacer lo que hice; perdóneme, pero... Aquí tiene usted también el retrato.

ANG.<sup>a</sup>—¡Mi retrato!

ANG.—¡Qué iname!

TRI.—Roto en dos pedazos.

HID.—Los mismos en que yo le rompí la cabeza.

PER.—(Sin poderse contener.) ¡Muy bien!

ANG.—¡Peregrina!

ANG.<sup>a</sup>—Enjúguese otra vez la oreja. ¿Le duele?

PER.—Y la nariz.

HID.—No; en la nariz no tengo nada: es como Dios la ha hecho... Yo sí que debo habérselas deshecho a su novio, Angelita.

ANG.<sup>a</sup>—(Ruborizada.) Déme usted la taza.

HID.—Gracias; es usted muy buena... Son ustedes muy buenos. Ya lo sabía yo.

TRI.—Si yo nos conocía casi, mal puede saberlo.

ANG.—Noñe haga usted caso.

HID.—Las conocía... sin conocerlas. Yo no soy de aquí y veo a Valleclaro de una manera diferente; creo darme cuenta de donde están la fruta picada y la sana.

ANG.—¡Habrà que oír lo que dirán por ahí!

HID.—La verdad acabará por abrirse paso, señora, aunque sea a golpes.

PER.—Y que usted debe tener buenos puños.

HID.—Sí, no crea; y hasta me sirve de gimnasia... Como por mi profesión vivo entre libros, un poco de ejercicio me hace bien.

TRI.—Aún nos va a demostrar que tiene que darnos las gracias porque le hayan hinchado un ojo.

HID.—Ya sé que no tengo derecho, que tal vez he hecho mal...

ANG.—Al contrario; la niña no ha querido reprocharle.

HID.—(Mirando timidamente a Angelita.) ¡Ojalá que pueda tener derecho alguna vez!

ANG.<sup>a</sup>—Ahí está papá...

HID.—Ya sé que no debo decirle...

ANG.—Al contrario. (Entra don Federico.)

FED.—Aquí está. Quedaba sólo este pedazo. ¿Han traído el agua?

TRI.—No.

FED.—Se lo mandé a la criada nueva.

ANG.<sup>a</sup>—Voy yo misma a traerla.

TRI.—Yo iré.

ANG.<sup>a</sup>—Sin darle tiempo, deseca de poder ocultar su rubor. No, no. (Sale Angelita por la izquierda. Hidalgo se ha estado aplicando el esparadrapo a la oreja.)

FED.—Le basta. ¡No es eso!

HID.—Sobra; gracias.

PER.—¡Ya lo creo!

HID.—Como que hay para cubrir las orejas de un...

TRI.—Diga usted de un Paco Roderó, si va a decir burro.

ANG.—¡Niña!... Federico, dale las gracias al señor Hidalgo, que ha castigado una infamia que, sin duda, tú concluirás de reparar.

HID.—Ya está bien servido; no vale la pena...

FED.—(Estrechándole la mano) Gracias... Nosotros no olvidaremos nunca. Hace usted honor a su apellido, señor Hidalgo, y, aunque soy padre, debo decirle que ha servido usted una causa justa.

HID.—Lo sé... No tiene que decirme... Los pueblos poco aireados como éste, necesitan ciertas instituciones morales y son perezosos para cambiarlas. Hace falta, por ejemplo, un loco, que aquí es Pedro Lavale; hace falta un sabio, que es don Carlos el agrimensor, y hace falta una... familia como usted es en quien desahogar la hiel y el rencor que dejan en cada casa esas dificultades domésticas, que nadie confiesa...

TRI.—No sé qué tiene de particular el ser nietas de una bailarina. ¡Ni que estuviéramos en la Edad Media!

HID.—En la Edad Media no había bailarinas; pero es lo mismo.

ANG.—Ya ve usted cómo ellas se conducen.

FED.—Como te condujiste tú.

HID.—Eso no le importa a Valleclaro: que la causa sea injusta y hasta que haya desaparecido, no modifica nada. Por cosas razonables que haga Pedro Lavale, seguirá siendo el loco, y por sandeces que diga el agrimensor, será siempre el sabio. Es muy cómodo eso de no cambiar de ideas; y cuando la crueldad y la injusticia se reparten entre todo un pueblo, la responsabilidad se sobrelleva mejor...



TRI.—Cuántas veces ni nos asomamos al balcón, teniendo ganas, para que no digan.

HID.—Hagan lo que hagan, tendrían siempre la hostilidad del pueblo... Por eso hubiera yo querido que el marquesito hubiese sido todo Valleclaro a la vez, para...

ANG.—Muchas gracias.

FED.—En este tiempo no abundan los Quijotes.

HID.—(Queriendo en vano bromear.) Precisamente, soy también de la Mancha, y si tuviera algo de heroico lo que he hecho, que no lo tiene, mi entrada ridícula y mi ojo abollado me darían cierta semejanza con Don Quijote. (Se ha puesto de pie.)

FED.—Quedese un rato.

HID.—No... Estoy azorado como un bobo... Yo no soy hombre de sociedad; cada uno es como es... Nos hemos de ver mucho, digo yo, y hemos de ser buenos amigos. Déjenme ahora ir.

FED.—Vamos, hombre.

ANG.—Déjalo, Federico (A Hidalgo.) No hemos de ser buenos amigos: lo somos ya. Vuelva usted a vernos cuando quiera. Esta es su casa.

HID.—Gracias, señora. ¡Vaya si volveré! Haganme el favor de despedirme de Angelita.

TRI.—Tome su sombrero.

HID.—Gracias.

FED.—Le acompañaremos.

HID.—No se molesten.

ANG.—¡No faltaba más! (Sale Hidalgo, muy turbado, y doña Angeles y don Federico lo conducen. Peregrina los sigue; pero antes de salir le dice a Trini, que queda en escena.)

PER.—Este sí que me gusta a mí. ¡Este es un hombre! (En cuanto sale Peregrina entra Angelita, trayendo el vaso de agua; Trini la acoge con hostilidad.)

ANG.<sup>a</sup>.—¿Se ha ido?... La criada nueva no quiso traer el agua; dice que se va.

TRI.—(Encogiéndose de hombros.) A rey muerto, rey puesto; enhorabuena, hija; comprenderás que viene por ti.

ANG.<sup>a</sup>.—No.

TRI.—Y que éste es de los que se casan.

ANG.<sup>a</sup>.—No sé por qué ha de venir por mí.

TRI.—Como tentas novio, no iba a mirarte; se dan también hombres correctos... Lo que ha hecho sólo se hace estando enamorado.

ANG.<sup>a</sup>.—¡Trini!

TRI.—No me consueles; tú no tienes la culpa.

ANG.<sup>a</sup>.—Es que...

TRI.—¡Si me gusta sufrir, si me hace bien sufrir! ¡Así tendré valor para hacer, al cabo, lo que debía haber hecho ya!... ¡Tiene razón el primo Soler!

ANG.<sup>a</sup>.—Calla.

(Cesárea aparece en la puerta de la izquierda; viene con su traje de calle y trae un lio de ropa en la mano.)

CES.—Señoritas...

TRI.—¿Qué quiere usted?

CES.—Que me voy.

TRI.—Vayase.

CES.—Yo... No es por nada; pero una tié que mirar por una, y ya ven ustés.

ANG.<sup>a</sup>.—El señorito le hará la cuenta; váyase.

CES.—No es por ustedes mismamente... Mi madre me dió, antes de salir del pueblo, unas medias tejías de su mano, con un letrero que dice que la honra es ante too.

TRI.—¡¡Que se vaya usted!!

ANG.<sup>a</sup>.—¿No ha oído?

CES.—Yo, señcritas... (Sale torpemente por el fondo.)

TRI.—¡Sólo nos faltaba eso!

ANG.<sup>a</sup>.—No te pongas así.

TRI.—¿Qué no me ponga? A ti te es muy sencillo decirlo: tú te casarás, tú serás feliz; pero yo... (Con idea súbita, encarándose con el retrato de la abuela.) Yo seré bailarina como tú, abuela. ¡Si no es buena tu herencia, al menos me dará provecho! ¡Ojalá pudiera sacarte del marco y resucitarte para echártela en cara, para!

ANG.<sup>a</sup>.—¡Trini, por Dios!

(Frenética, Trini ha levantado su puño contra el retrato de la abuela como si quisiera golpearla. En este momento aparece en la puerta del fondo doña Angeles.)

ANG.—¿Qué haces, Trini?

TRI.—¿Yo?...

ANG.<sup>a</sup>.—No... Es que estaba sucio de polvo el marco de la abuela y lo iba a limpiar.

(Doña Angeles comprende. Hay un momento lleno de dolor. Después las dos hijas van hacia su madre, se abrazan a ella y lloran confundiendo sus sollozos y murmurando: ¡Mamá! ¡Mamá!, mientras cae lentamente el telón.)

## FIN DEL ACTO PRIMERO

## ACTO SEGUNDO

En el mismo gabinete que el acto anterior. Es 'media tarde, pero las cortinas del mirador están echadas y encendida la luz eléctrica. Al empezar el acto, Trini concluye de cantar una copla flamenca, acompañándose ella misma con la guitarra. El Manter, profesor de baile y canto andaluz, aprueba doctoralmente, mientras Soler, que ha ido receloso a escuchar a la puerta de la izquierda, vuelve ya tranquilo y jalea entusiasmado a su prima.

SOL.—No viene nadie... Es que está uno un poco nervioso. De todos modos acaba la copla, que no noten hoy diferencia con los otros días.

(Trini, que ha estado rasgueando en la guitarra, hace, al mismo tiempo que responde, un ademán de preocupación y nerviosismo.)

TRI.—Sí.

MAN.—Mu bien la farseta; a ver ahora la voz... Sentimiento, entrañas; a ver.

TRI.—(Cantando.)

Pa que pagues lo qu'has hecho,  
t'has de ver como la Virgen:  
¡yeno e puñalcs er pecho!

MAN.—¡Pero que mu bien!

SOL.—¡Ole, ole, ole!

MAN.—Vaya si está en punto la niña. Más moños va a quitar q'un convento.

TRI.—Se me aguan los ojos al cantar.

MAN.—Eso es corasón.

TRI.—¡Pensar que voy a hacer lo que voy a hacer, que está casa no voy a volver a verla más!

SOL.—¿Ahora sales con esas?... Arrepiéntete cuando está todo hecho.

TRI.—Si no me arrepiento.

MAN.—Más dinero va a ganar usted qu'er Guerra, prnda.

SOL.—Es lo que yo le digo: con esa voz...

MAN.—Y con ese parmito.

SOL.—Y con su abolengo, porque ¿es que no es nada poner en el cartel: «La nieta de la Bella Española»?

TRI.—Yo no quisiera ponerlo: si quedo bien, que sea por mí.

MAN.—¿Qué dise usted? ¡Vaya si hay que poné el abuelengo en los cartel! Poné la Bella Española es como poné la Tortajada, como nombrá a Lagartijo si se trata de toros, como...

SOL.—De lo que se trata es de no perder tiempo, que va a llegar Peregrina a darnos la hora como un bedel de Instituto.

MAN.—También he dao clase en un Instituto de belleza; no vayáis a figurarse que uno es de esos improvisaos

TRI.—(Levantándose con prontitud nerviosa.) Bueno, está dispuesto todo, ¿no es eso?

SOL.—Desde hace rato espera el automóvil de Pineda detrás de la iglesia del Carmen.

TRI.—Allí me bautizaron.

MAN.—Pos allí mismo la casarán a usted con un príncipe o con un diputado, que too se lo merece ese cuerpo.

TRI.—Allí se casará mi hermana con su archivero: lo que es yo...

SOL.—Esta no es de las que se casan, Manitas: y no se casa por no estropear su arte, porque el arte es un sacerdocio... Partidos no la faltan, pero ella los da de limosna... Que lo diga su hermana si no.

TRI.—No, eso...

SOL.—La verdad en su punto. Tú dices que no, porque te caes de buena. (A El Manitas) Pero todo el mundo sabe que el archivero venía por ésta, y que la otra, que es muy mansita, pero que no tiene el corazón de ésta.

TRI.—Deja eso...

SOL.—Y es la comidilla de Valleclaro, y no niegues que más de cuatro indirectas has oído en la calle, y que llevas ya medida más de un mes aquí, sin salir ni a misa, por no oír las, y que el otro día las de Romeral pagaron a unos chicos para que vinieran a cantártelo bajo los balcones... Menos mal que ahora vas a tener libertad. En Madrid ya está todo listo para el debut. Si no puede ser la marcha esta noche, mañana temprano al ir a misa es seguro... Ya está el paquete de ropa que me diste en el auto. (Trini suspira.) No suspires así. Cada vez que te veo ponerte cursi, me da miedo de que vayas a hacernos una pifia.

TRI.—Menudo escándalo.

MAN.—¡Menú éxito!

TRI.—No, si estoy decidida, si no lo siento por mí ni por Valleclaro... ¡Poco gusto que me va a dar que vean mi nombre en los periódicos y negarle después el saludo a los pollos líquidos de aquí; pero lo siento por mamá y por papá, que ni siquiera sospechan! Escaparme así...

SOL.—Eres mayor de edad.

TRI.—Por eso hubiera sido mejor hablar claramente.

SOL.—Para que te hubieran venido con lágrimas y te hubieran cortado el porvenir. Además, no puede decirse que te escapas: te vas con dos hombres, que no es igual que irse con uno: te vas con tu profesor y con tu primo, casi con tu hermano. ¿No es así? Y te vas hacia la fortuna, hacia la gloria.

TRI.—Y ese señor que me hace debutar y te presta el automóvil, ¿es un caballero? Tú sabes lo que hemos hablado.

SOL.—¿Cuántas veces te lo he de decir? Se trata de una persona correctísima; de otro modo...

MAN.—Cárcule usted que ha sido ministro.

SOL.—¡Manitas!... Pineda es, chicha, más que un caballero; es, a ver si te lo digo bien, un Mecenas, un amigo del arte.

TRI.—Me parece que oigo la voz de Peregrina. Fue a la estación a buscar un encargo de Hidalgo.

MAN.—Más le temo yo a esa cría que a un miura.

SOL.—Vaya a vigilar a la puerta.

MAN.—Pa mí que está una mijaja escamá. (Sale por el fondo.)

SOL.—Me parece que tu madre tiene también la mosca en la oreja. Hemos hecho bien en adelantar la cosa.

TRI.—Pues lo que es Angelita... Si supiera que iba a perjudicarla...

SOL.—¡Qué has de perjudicar a, mujer! No se paró ella tanto en ver si te perjudicaba a ti. ¡Ese imbécil de archivero se casa, vaya si se casa! Como

que me consta que ha pedido ya los papeles. (El Manitas vuelve despavorido.)

MAN.—¡Er miura que subel

SOL.—Aún tiene que llamar a la puerta.

TR.—No, que lleva el llavín.

SOL.—A ver entonces: queda todo dicho, ¿no es eso?

TRI.—Sí, sí.

SOL.—Ya sabes: tú te escapabas en cuanto puedas, y tomas la calle de Jesús, que está solitaria... Es un automóvil color tabaco; como siempre hay turistas en el Carmen, y además aquello está obscuro, no choca y nadie te verá subir. Si a las siete no has ido, es que tenemos moros en la costa y que se deja para mañana temprano... Así, teniendo dos combinaciones, no ha de fallar. Si no vas, a las siete y media vengo yo aquí con pretexto de coger la guitarra... Mira: si tienes el afiler puesto en el cuello es que ha pasado algo, y si no, que mañana por la mañana... De todos modos, si puede ser esta tarde, mejor.

TRI.—Bueno.

SOL.—¿Irás sin miedo?

TRI.—Sin miedo.

MAN.—Está ust? mejor templá que mi guitarra. Así se hace.

SOL.—(A Trini.) ¿Y eso, tú?

TRI.—(Sacando un paquetito del seno.) Aquí están: van las dos sortijas y el relicario... Haz que podamos sacarlo después, que son recuerdos.

SOL.—Descuida... Ya abre. (El Manitas.) Haga usted como que acaba la lección, para disimular.

MAN.—(En tono natural para ser oído por Peregrina.) La derecha más arqueá: y la izquierda, que pise los trastes limpiamente... Así... Verá usted cómo suena mejor.

(Peregrina ha asomado desde hace un momento por el fondo y entra al pronunciar El Manitas las últimas palabras. Su aire es el de un sabueso que olfatea algo oculto.)

PER.—Santas y buenas... Y eso que aquí no parece de día... Ya se nota que no paga usted las cuentas de luz eléctrica, señor Soler.

SOL.—Es que como las de enfrente no hacen más que mirar y reírse, convinimos tío Federico y yo...

MAN.—Viven ustés en un pueblesito que ya, ya...

PER.—Con no hacer na estaba too listo. (Apagando la luz y descorriendo las cortinas del mirador.) A mí me gustan las cosas a la luz del Sol.

SOL.—También se echan las cortinas y se enciende cuando Angelita se sienta aquí a hablar con su novio, y entonces no dice usted nada.

TRI.—¡Eso de tener que esconderse hasta para respirar!...

PER.—(Al ver las señas que hace El Manitas a Soler indicándole la conveniencia de irse.) ¿Qué le pasa a usted? Parece usted un saltamontes con el mal de San Vito.

MAN.—No me pasa na, señora mía.

PER.—Señora de usted, no lo quia Dios.

SOL.—(Con irónica amabilidad.) Siempre ofendiendo.

PER.—(Dándole a Trini el paquete que trae.) También viene algo pa ti en este paquete, que es mu generoso el que va a ser tu cuñado... Un hombre de los que se ven pocos, señor Soler. (De nuevo a Trini.) Ven pa dentro, que lo abramos toas juntas.

SOL.—Nosotros no vamos. (A Trini.) No olvides eso y dale recuerdos a tío Federico.

TRI.—Sí, sí.

MAN.—Güenas tardes.



SOL.—(Con señal de inteligencia a Trini.) Hasta pasado mañana.

PER.—Menos mal que hay un día de vacío entre ca lección: si no, iba yo a reventar.

SOL.—Pero ¿se puede saber qué tiene usted contra mí, señora? ¿No le he pagado yo religiosamente?

PER.—Sin cobrar me hubiera quedao más a gusto, que hasta el dinero de usted me parece falso... Y untés son los que me tienen así a esta paloma tan cavilosa, que se me ha quedao hasta flaca... ¡Y aquí hay gallo tapao y yo haré que cantel (Trini, casi a punto de llorar, sale nerviosamente por la izquierda. Soler y El Manitas empiezan a batirse en retirada.)

SOL.—Es usted quien la pone nerviosa.

PER.—¿Yo?... Como a hija la quiero; pero si lo fuera mismamente, ya habrían terminao las maldecias lecciones; que pa mí que es la guitarra la que le da esa tristeza y ese no dormir y eso de reirse tan pronto a carcajás como estarse llora que te llora.

SOL.—Vámonos, que va a haber sermón.

PER.—Abusa de ¡que el señorito Federico es así, que no sabe negarse a na.

SOL.—Buenas tardes, señora.

MAN.—Salú. (Soler y El Manitas salen por el fondo, dejando furiosa a Peregrina.)

PER.—¡Mal rayo que os parta, so gandules!... ¡Ay si me los encontrara yo de noche en una callecita oscura!... (Va hacia la izquierda cuando llega, por la misma puerta que ha salido Trini, Angelita.)

ANG.<sup>a</sup>—¿Qué le pasa a Trini?

PER.—Esos, que nos la están volviendo loca.

ANG.<sup>a</sup>—No sé lo qué tiene conmigo; parece que me huye. Desde ayer casi ni me habla.

PER.—Si me dejaran a mí...

ANG.<sup>a</sup>—Conforme se acerca mi boda se pone más triste. Sí, sí, salta a los ojos. ¿Crees tú, Peregrina, que hago mal en casarme? ¿Tú crees que Trini pueda echarme en cara alguna vez!...

PER.—¡Quita d'ahí, mujer!

ANG.<sup>a</sup>—Tú sabes que al principio todos se figuraron que Antonio venía por ella.

PER.—Ciego había que estar; del primer día que vino aquí yo bien que me supe por quién venía.

ANG.<sup>a</sup>—De todos modos, Trini no está conmigo como antes: algo le pasa.

PER.—Y yo he de saberlo o me cambian el nombre. Y a la calle me voy, que la hija de mi madre tiene metía una idea en la cabeza y esa se ha de ver.

ANG.<sup>a</sup>—Mira, toma esta carta y llévasela en seguida al señorito Antonio. (Al ver la extrañeza de Peregrina.) No creas que es nada: es dándole las gracias por el regalo.

PER.—Bueno. (Mirando hacia la izquierda.) Pa aquí viene Trini otra vez; ni sosiego tié pa estarse tranquila en un sitio. Aprovéchate ahora pa hablarla.

ANG.<sup>a</sup>—Sí: no dejes de llevar la carta en seguida. (Peregrina se marcha por el fondo. Angelita finge arreglar algo sobre el costurero, y en seguida entra Trini, que va cautelosamente hacia la puerta de salida; cuando Angelita le habla, Trini tiene un sobresalto y vuelve contrariada al centro de la escena.) ¿No te ha gustado el corte de vestido? Lo han bordado unas monjas del pueblo de Antonio.

TRI.—Sí, está bonito.

ANG.<sup>a</sup>—Si no te gusta, te lo cambié por el mío; a mí me da igual.

TRI.—¿No ha de gustarme? Puedes decirle a tu novio que se lo agradezco de veras.

ANG.<sup>a</sup>—Has dicho «tu novio» de un modo...

TRI.—No iba a decir el mío.

ANG.<sup>a</sup>—Trini, óyeme; se franc.: ¿tú qué tienes?

TRI.—Nada; ya ves, que me resigno con mi suerte. Tú tendrás tu marido sabio que escribe en latín, tendrás tu casa y tus hijos, mientras que yo... yo, por lo visto, debo pudrirme aquí y que me llamen señorita a los cincuenta años como a doña Julia Cortés.

ANG.<sup>a</sup>—¿Por qué me hablas así? ¿Por qué no hablas claro?

TRI.—Más claro, agua.

ANG.<sup>a</sup>—Me asustas; quisiera descubrir lo que piensas; ver dentro de ti como otras veces.

TRI.—No verías más que desesperación. Bien sé que no me creeréis justa, pero cada una tiene su genio y debe tener su vida además. ¿Qué queréis? ¡Que se sufra en silencio, que se rabie y se muera en silencio!... Para eso sería mejor que me metiera a monja de una vez. Mira, con esa tela del vestido que Antonio me regala podía hacerme la toca. (Cogiendo de sobre la mesa la tela que ha traído Angelita y envolviéndose la cara con expresión a la vez dolorosa y cruel.) ¡Sería sor Trinidad, sor Trinidad, qué bien!

ANG.<sup>a</sup>—¡Trini, Trini!

TRI.—Lláname sor.

ANG.<sup>a</sup>—Eres injusta conmigo. No sonrías así... Preferiría verte llorar. Estamos sufriendo las dos inútilmente. ¡Qué no daría yo por verte dichosa! Debemos ser lo que hemos sido siempre. Un solo egoísmo no puede borrar toda nuestra vida de pena y de cariño juntas. Oyeme.

TRI.—(Enterrecida.) No me hagas caso, estoy nerviosa; ya me conoces. Cástate y sé feliz. Me alegro como nadie de tu suerte; tú lo sabes.

ANG.<sup>a</sup>—Trini, escucha... vamos a hablar con el alma, como se habla una sola vez en la vida... Mirame a los ojos y responde: ¿tú estás enamorada de Antonio?

TRI.—¿Yo?... No.

ANG.<sup>a</sup>—¿Tú has estado enamorada de Antonio?

TRI.—Tampoco; te lo juro.

ANG.<sup>a</sup>—Pero te habías figurado que venía por ti, ¿verdad?

TRI.—Sí, eso sí. ¡Qué importa! ¡Me he llevado tantos chascos en la vida! Pero de este me alegro. Si sólo una de nosotras ha de casarse, ¿por qué no has de ser tú? (Mirando al retrato de la abuela.) Yo creo en el destino de las personas.

ANG.<sup>a</sup>—Quiero proponerte una cosa; para eso sólo quería hablarte. ¿No hemos vivido sin separarnos un solo día? En el colegio recibimos juntas los primeros insultos; luego, juntas también, cuando nos hicimos mujeres, hemos soportado las burlas, las desilusiones... hemos llorado juntas por lo mismo. Nosotras no somos dos hermanas cualquiera, Trini; somos dos hermanas gemelas por la desgracia.

TRI.—¡Oh, Angelita!

ANG.<sup>a</sup>—Oyeme sin emocionarte... Si nos ponemos así no podré decírtelo. Yo acabo de hacer por ti, lo que tú hubieras hecho por mí... ¡Perdóname no haberlo hecho antes!... Acabo de escribirle a Antonio devolviéndole su palabra.

TRI.—¡Ah!...

ANG.<sup>a</sup>—Ya estamos iguales otra vez.

TRI.—No, no; eso no debe ser. En esta casa siempre están dispuestos a

sacrificarse y por eso no hemos sido nosotras felices. Desde chica nos decían que evitáramos, que huyéramos cuando se metían con nosotras. ¡Quizás si entonces hubiéramos arrancado algunas trenzas!... Yo odio el sacrificio, me gusta luchar, ser fuerte... ¿Por qué habías tú de renunciar a Antonio? Ya te he dicho que nunca he estado enamorada de él, mientras que tú le quieres: es el hombre hecho para ti.

ANG.<sup>a</sup>—Si no lo quisiera no habría sacrificio. Inventaré un pretexto y nadie sabrá nunca por qué se deshace mi boda, ni siquiera mamá. Será un secreto entre tú y yo... Dime que sí.

TRI.—(Abrazando a.) ¡Qué buena eres!... Ese sacrificio sería darle gusto a Valleclaro, a nuestro enemigo... No; júrame que, pase lo que pase, te casarás... Tú has encontrado, como mamá, un hombre de corazón que te haga dichosa. Déjate de escrúpulos y se feliz.

ANG.<sup>a</sup>—¿Por qué ha de pagar una sola la culpa ajena?

TRI.—Yo seré también dichosa, o intentaré serlo... de otro modo. Hay más mundo que Valleclaro... ¡Si hubiéramos podido dejarlo para siempre juntas!...

ANG.<sup>a</sup>—Y así debe ser: que sigamos yendo por la vida como siempre, sosteniéndonos la una a la otra.

TRI.—(Rebelándose.) ¿Como dos enfermas? ¿Como dos inválidas? No, no, Angelita. Debemos luchar juntas o separadas, pero luchar; es estúpido eso de creer que somos dos víctimas: somos dos mujeres, y hay que luchar, hay que vencer. Yo lo tengo resuelto.

ANG.<sup>a</sup>—Me das miedo, Trini; te han brillado los ojos de un modo... Dime que no vas a hacer nada grave.

TRI.—No; nada, nada.

ANG.<sup>a</sup>—¿De veras?

TRI.—De veras... Es que me exalto, que... (Con brusca transición.) Es precioso el vestido; mañana lo cortaremos si quieres. Voy a dentro.

ANG.<sup>a</sup>—Dime antes que no volverás a estar seria conmigo. ¡Si vieras los días que he pasado!... Tú no sabes lo que te quiero.

TRI.—Tonta... A que te doy un beso como cuando éramos chicas.

ANG.<sup>a</sup>—Sí, en el colegio, como no teníamos con quien jugar, jugábamos a que no éramos hermanas, sino amigas que nos queríamos mucho, y al separarnos para irnos cada una a nuestra clase nos dabamos un beso muy largo, como si nos fuéramos a separar de veras.

TRI.—Un beso así... así. (Las dos hermanas se abrazan conmovidas. Es un beso aun más largo que aquellos de cuando eran niñas, henchido de amargura, porque Trini pone en el toda su certidumbre y Angelita una ternura que, sin que ella se dé cuenta, esta sobresaltada por el presentimiento; es un verdadero beso de adiós... De pronto se oye ruido de alguien que llega y las dos caras se separan, queriendo, en vano, ocultar las huellas de la turbación. En la puerta del fondo acaba de aparecer Antonio Hidalgo.)

HID.—He leído tu carta, y no me explico... ¿También tú con crisis de nervios? Vengo corriendo. Peregrina me dió la llave.

TRI.—No le haga caso, Antonio, y rompa esa carta.

HID.—(Sonriente a Angelita.) ¿La rompo?

ANG.<sup>a</sup>—No, si...; es decir... Desgraciadamente, tengo que sostener algo de lo que te he escrito en ella: por lo menos, nuestra boda tiene que retrasarse. Hemos de hablar y...

HID.—No es posible; yo no puedo tomar eso en serio.

TRI.—Si usted la quiere, debe adelantar la boda, en vez de retrasarla. Está seguro de que ella ha de hacerle feliz, de que le adora...

HID.—(A Angelita.) Tú has llorado, ¿verdad?... Háblame; no es posible

que te complazcas en tenerme intranquilo... Anda... ¿Qué ha pasado, Trini? (Mientras Hidalgo avanza hasta el primer término, y se inclina hacia su novia para hacerla hablar, Trini, lentamente, cautelosa y resuelta, ha salido por la puerta del fondo. Cuando Hidalgo se vuelve para preguntarle, no está ya en escena.) ¿Ves, ves? Nos deja solos para que me aclares esas cosas terribles que te pasan. Vamos a ver: ánimo, Angelita; ha llegado la hora tremenda de las explicaciones.

ANG.<sup>a</sup>—No lo tomes a risa.

HID.—Pero ¿qué te pasa?

ANG.<sup>a</sup>—Que soy la mujer más desgraciada del mundo.

HID.—¿Nada menos? Las mujeres sois vanidosillas hasta en eso: tenéis que ser las más felices o las más desgraciadas del mundo... ¡Y precisamente hoy, que traía yo tan buenas noticias! Vamos, respóndeme: ¿es que ya no me quieres?

ANG.<sup>a</sup>—Tú sabes que Trini ha dicho la verdad: te quiero, te quiero muchísimo.

HID.—Trini ha dicho que me adorabas, que es algo más... (Al verla sonreír.) Y adorándome tú, ríete de los anónimos de Valleclaro. Como no se encuentren al novio o a la novia, habrá boda, y la habrá en octubre.

ANG.<sup>a</sup>—No es eso, oye.

HID.—Porque yo no creo que, de aquí a allá, vayan a matarme de un mal golpe: soy precavido, y hace casi tres meses que no me pego con nadie.

ANG.<sup>a</sup>—¿Por qué bromeas?

HID.—Si hablo en serio, mujer; si soy el hombre más serio del mundo, como dirías tú... Además, tu archivero no habla sin textos: aquí tienes la prueba. (Saca un cuadernito del bolsillo.)

ANG.<sup>a</sup>—¿Qué es?

HID.—Nada menos que la historia de nuestros amores, contada por efemérides. La estaba escribiendo para que nos riáramos después de la boda; pero, en vista de que dudas... Verás, verás: «Veinte de abril Se rompen las hostilidades; duelo a puñetazos con el marquesito: yo, un ojo a la moda, y él... ya sabes. Dos de mayo. Batalla campal en la alameda; el marquesito Baraona y tres limpiabotas alquilados contra mí; me cubro de gloria y de chinchones; los hago huir y tengo un dos de mayo para mí solo.»

ANG.<sup>a</sup>—¿Qué loco eres!

HID.—Y sigue la lista hasta veinte hechos de armas: bastonazos, actas y el duelo con Rodríguez en el camino viejo... ¡Y que después de conquistar nuestra felicidad a fuerza de puños y de corazón me resultes la mujer más desgraciada de todo el sistema planetario!

ANG.<sup>a</sup>—Eres muy bueno, Antonio, y yo creo que no te enfadarás cuando te diga la causa de mi carta; cuando sepas...

HID.—Acaba...

ANG.<sup>a</sup>—Es por Trini... ¿Tú no comprendes?... Yo no quiero, no puedo casarme dejando a mi hermana desamparada. Había entre nosotras uno de esos pactos sin palabras y yo lo he olvidado, he sido egoísta.

HID.—Vamos, no te pongas así.

ANG.<sup>a</sup>—Casarme, sería por mi parte una traición, sí. Yo comprendo que eso te enfada, pero...

HID.—Si no me enfada: casi al contrario, mujer. Yo sabía que eras muy buena, y ahora la idea de ese sacrificio te enaltece aún más a mis ojos. Casi estoy por enternecerme... Está bien, muy bien.

ANG.<sup>a</sup>—Figúrate mi dolor: ¡retrasar nuestra boda hasta Dios sabe cuándo!

HID.—Pero está muy bien... en teoría. Hay que ver antes a dónde conduce el sacrificio y si puede evitarse. Seguramente hay más de un medio; déjame

pensar. (Angelita sigue con el alma en la mirada los gestos de Antonio.) Tú me dirás si me equivocó; a ver, vamos por orden: Trini no es envidiosa, y, además, no nos hagamos ilusiones: ¿soy yo un tipo envidiable?

ANG.<sup>a</sup>—¡Antonio!

HID.—Luego no es por ahí. Lo que tiene Trini es que está amargada, que cree que no se casará y que tendrá que pasar su vida en Valleclaro, es decir, en Chismópolis, en Envidiópolis, en Pequeñópolis... Ergo yo, que te quiero a ti con toda el alma y que soy una persona decente, debo impedir que esta ciudad roñosa y cominera descarrile la vida de Trini, que puede ser madre admirable: *máter admirabilis*.

ANG.<sup>a</sup>—¡Oh, Antonio!

HID.—No dirás que no hablo como un libro.

ANG.<sup>a</sup>—No; si es que...

HID.—Entonces, vaya si habrá boda. Verás, verás tú si yo soy capaz de conseguir de don Federico lo que ninguno ha conseguido; él mismo me dijo, el primer día que vine a esta casa, que yo tenía algo de Don Quijote... ¡Con lo que va a gustarme a mí figurarme que no sólo me he casado contigo, sino que me he casado con vuestra casa, con vuestra causa... contra Valleclaro! (Yendo a la puerta de la izquierda.) ¡Trini! ¡Trini!

ANG.<sup>a</sup>—Oye antes; ¿qué vas a decirle?

HID.—Ya verás... Lo que ella teme es no encontrar nunca quien le tienda una mano para salir de aquí; yo voy a ofrecerle las dos mías, que valen más que las de El Manitas y las de tu primo Soler, que son sus consejeros. (Llamando de nuevo.) ¡Trini! ¡Trini! (Doña Angeles acude por la puerta de la izquierda; antes de que aparezca, se oye su voz:)

ANG.—¿Qué hay, Angelita?

ANG.<sup>a</sup>—No es a ti, mamá: era a Trini.

ANG.—¿Cómo a Trini? (Ya en escena.) Buenas tardes, Antonio.

HID.—Muy buenas. He venido sólo un minuto; no me riña.

ANG.—¿No estaba Trini aquí contigo, con ustedes?

HID.—Sí, hace un momento; me parece que entró.

ANG.—Pues estará en su alcoba. (A Angelita.) Llámala.

ANG.<sup>a</sup>—Voy, sí... ¡Dios mío! (Sale muy turbada por la izquierda.)

ANG.—Es que está estos días un poco malucha, y se habrá echado a descansar un rato; cosas de chicas... Pero, siéntese.

HID.—Estoy muy bien.

ANG.—Federico acaba de levantarse de la siesta, y va a marcharse a su tresillo.

HID.—Eso de hacer siempre la misma vida...

ANG.—El dice que la vida es una noria. Yo creo que lo peor que puede pasarle a un hombre es tener una rentecita que lo libere del todo de la miseria. Cuando no se tiene nada, el hombre hace más. ¿No le parece a usted? (Angelita vuelve muy azorada.)

ANG.<sup>a</sup>—Mamá, mamá!

ANG.—¿Qué hay? ¿Por qué vienes así?... Habla, ¡por Dios!

ANG.<sup>a</sup>—Que Trini no está en su habitación.

ANG.—¿Qué dices?... No puede ser. Estará en otra parte.

HID.—Cálmate. ¿Estás segura?

ANG.<sup>a</sup>—La he buscado por el comedor, por el gabinete, por todos los rincones, y no está... no está.

ANG.—¿Que no está?

ANG.<sup>a</sup>—Ni en el cuarto de papá tampoco.

ANG.—No me asustes... Sin duda no has mirado bien. A lo mejor estará por este lado. (Yendo, ya emocionada, a la puerta de la derecha, por donde



sale.) ¡Trini! ¡Trini!... Vamos; no hagas la gracia de esconderte... ¡Trini!...

ANG.<sup>a</sup>—¡Ay, Antonio! ¡Se ha ido, se ha ido!

HID.—Espera, no te pongas así.

ANG.<sup>a</sup>—Si yo debí comprenderlo... ¡No me lo perdonaré nunca!... Ahora lo veo claro como el agua. ¡Me dijo unas cosas!...

ANG.—(Entrando de nuevo.) Tampoco está.

ANG.<sup>a</sup>—¿Lo ves? Ese maldito profesor y el primo Soler nos la han robado.

ANG.—¡Mi pobre hija!

ANG.<sup>a</sup>—¡Le habrán metido en la cabeza lo de ser artista!

ANG.—Mi pobre hija... ¡La más desgraciada!

ANG.<sup>a</sup>—Calla, no grites; que no te oiga papá,

ANG.—¡Quién iba a pensar!

HID.—Tranquiliícese usted; no se saca nada con desesperarse.

ANG.—Y ¿quién se lo dice ahora a tu padre? ¡Qué escándalo, Dios mío!

ANG.<sup>a</sup>—¡Ya tiene Valleclaro lo que quería!

ANG.—Si antes nos han hecho sufrir sin motivo, ¿qué será ahora?

HID.—¿Y qué les importa a ustedes la opinión de este pueblo? Es tal el terror que le tienen, que, en lugar de preocuparse por la suerte de Trini, la idea de lo que el pueblo piense puede más y les sube antes a la boca...

ANG.<sup>a</sup>—Tiene razón... ¡Mi pobre hija!

HID.—Yo no temo por ella, ya ve usted; pero aún temo menos por lo que diga el pueblo. Trini sabrá guardarse..., y nosotros debemos saber guardarnos también. ¿Qué le deben ustedes a Valleclaro para temerle tanto? Lo que hay que resolver ahora es nuestro y no de Valleclaro. Que escandalicen, que digan lo que quieran. (Ha sonado el timbre de la puerta y una momentánea luz de esperanza brilla en todas las caras. Antonio sale a abrir, Doña Angeles y Angelita quedan sollozando.)

ANG.<sup>a</sup>—¿Será ella?... ¡Que Dios haga el milagro!

ANG.—No me lo hará... Sería demasiada dicha para mí. Hasta tengo miedo de mirar por sí no es...

ANG.<sup>a</sup>—Calla.

ANG.—¡Mi pobre hija!... ¡Mi pobre hija! (Por el fondo entran Hidalgo y Peregrina.)

ANG.<sup>a</sup>—(Ansiosa.) ¿Qué?

HID.—(A doña Angeles.) Vaya, cálmese usted... Ya ve cómo si le ha hecho el milagro Dios.

ANG.—¿Dónde está?

ANG.<sup>a</sup>—¿Está ahí?

PER.—No se ponga así... Aquí está... Pero no me la ha de reñir. Yo se lo he prometido.

ANG.<sup>a</sup>—¡Trini! ¡Trini!...

ANG.—¡Hija! (Sin querer oír más, doña Angeles y Angelita salen por el fondo. Se oye la efusión de sus voces y de su llanto al abrazar a Trini.)

PER.—¡Sí a usted y a mí nos hubieran dejado tirar a esos granujas a la calle!...

HID.—¡Las pobres!

PER.—Vamos, vengán.

(Entran Trini, Angelita y doña Angeles; vienen casi abrazadas. La dicha de haberla recobrado no deja casi lugar a los reproches.)

TRI.—¡Ay mamá, mamá!

ANG.—Nunca lo hubiera creído de ti.

ANG.<sup>a</sup>—No la angusties más. (A Trini.) Cálmate.

PER.—Que no vaya a oír las el señor.

TRI.—Yo no me iba para nada malo, sino para vivir de mi trabajo, para salir de aquí... En todas partes se puede ser digna.

ANG.—¡Tú no conoces el mundo!

PER.—Han sido éstos que nos la llenaron la cabeza de maldad.

TRI.—¿Habéis leído mi carta?... ¡Y pensar que si mi Peregrina no me coge ahora estaríamos lejos, muy lejos!... ¡Lo que os he hecho sufrir!

ANG.<sup>a</sup>—¡Trini!...

ANG.—Hija... ¡Me parece mentira volverte a tener!

PER.—Vamos, ha sido como un mal sueño.

HID.—¿Usted dónde la encontró? ¿Cómo fue?

PER.—Yo andaba escamá desde hace tiempo y me pasaba los días vigilando y hasta tenía pagao a uno de la estación: Perico, el que corta los billetes. Pero ha sido casualía pura, porque los endines tenían preparaao un auto-móvil pa llevársela.

ANG.—¡Hija de mi vida!

PER.—Yo me venía pa acá, cuando al revolver del Carmen me la veo que iba pa el strío... El corazón me dió un vuelco en salva sea la parte, y me fui a ella, la cogí del brazo y... En seguida se me echó a llorar la paloma y me lo contó too... ¡Nos la habían emboba! ¡Lo que siento es que nos vieron abrazas como unas Madalenas, y que ya se sabrá en too el pueblo!

TRI.—¡Qué va a decir papá!

HID.—Lo que debíamos hacer es lo mismo que pensaba Trini, pero todos juntos.

PER.—¿Que nos vamos a meter toos al teatro?

HID.—Irnos a Madrid en todo caso, si... y si ella quiere ser allí bailarina, que lo sea. Ser bailarina o cupletista no es ya deshonoroso más que en Valleciano; ya no hay género chico ni infimo; los intérpretes crean los géneros cuando tienen talento... Pero hay que entrar por la puerta principal, Trini, y no por la escalera del servicio, exponiéndose a ser confundida... Lo dicho: hay que irnos todos a Madrid... (Ante el gesto de extrañeza de Peregrina.) A no ser que usted quiera quedarse aquí con el primo Soler.

PER.—¡Pa el Infierno iba yo con tal de no verlo!... (Señalando a Trini.) Míe usted cómo se le alegra la cara... ¡Ríete de una vez, tental!

ANG.<sup>a</sup>—¡Irse a Madrid!

ANG.—¡Si tu padre supiera!...

TRI.—Con tal de que lo lográramos, soy capaz yo misma de decírselo...

ANG.<sup>a</sup>—Habrá que oír dónde pone el grito.

HID.—Lo pondra en Madrid, que es donde hace falta... ¿No pensábamos irnos cuando nos casáramos?... Pues nos vamos en seguida. Allí tengo trabajo, y si tu padre no quiere aburrirse, también; ahora ni le queda ese pretexto. Una vez me dijo que si encontrara...

ANG.—Al lo dice, pero...

TRI.—A papá no hay quien lo arranque de su tertulia... que son los padres de los mismos que nos insultan a diario.

ANG.—¡Ese tresillo!

PER.—¡A to el que cogiera una baraja en la mano y no fuera pa jugar a la brisca, lo mandaba yo afusilar!

HID.—Pero ¿les parece a ustedes serio eso de hacer del tresillo de don Federico una murala de la China? Hay que saltar sobre esa muralla. Hoy yo mando aquí; maná, perdóneme... Y mando, porque soy el único que no está asustado por Valleciano... Ahora mismo entra usted y le cuenta a don Federico lo que pasa y lo que yo he dicho... y le recuerda su promesa.

ANG.<sup>a</sup>—Eso es, mamá.

TRI.—Cuéntale todo... Dile que desde hace tres meses me estaban em-

baucando, que ya estaba arreglado el debut. Dile que si viene aquí y no está para decirme, al mismo tiempo que me riñe, que nos vamos a Madrid, soy capaz de tomar sublimado.

PER.—Y yo, rejalgar.

HID.—Vaya usted.

ANG.<sup>a</sup>—Aprovecha el entusiasmo, si no...

ANG.—Voy... Un hombre tan bueno, tan dulce, y... ya ven... Casi no me atrevo.

HID.—¿Quiere que vaya yo?

ANG.—(Con visible esfuerzo.) No... Entrad en seguida si llamo. (Sale por la izquierda.)

TRI.—Mamá no lo convence.

ANG.<sup>a</sup>—Es que es muy fuerte lo que va a decirle. (Se oye un timbre.)

PER.—¡Anda, Dios!

ANG.<sup>a</sup>—Sí que es oportunidad.

HID.—¿Quién será? Hay que decir que no está nadie.

TRI.—¿Qué hora es? Si son ya las siete y media, debe de ser el primo Soler, que me dijo que vendría.

PER.—¡Ese va a saber hoy quién es Peregrina!

TRI.—Habíamos quedado en que si no podía ser hoy, yo me pondría este prendedor en el cuello para que él supiera que entonces iría mañana a la hora de misa.

PER.—¡Qué tío!

HID.—Pues pónitelo, anda.

ANG.<sup>a</sup>—No lo creo capaz de atreverse a venir.

HID.—Ese es capaz de todo.

PER.—¿Sté lo conoce.

(Vuelve a sonar el timbre. Peregrina avanza con ademán atorado hasta la puerta de fondo, pero Hidalgo la detiene.)

HID.—Quieta... Si es Soler, me lo deja usted a mí... Y vosotras, ni una palabra. Ve a abrir, Angelita. (Angelita sale por el fondo.)

PER.—Es que yo no me voy de aquí sin cobrarle en palos too lo que me ha hecho renegar.

TRI.—El es.

HID.—(Al ver el gesto belicoso de Peregrina.) Vaya usted para adentro a ayudar de convencer a don Federico... Hoy no se trata de ¡clear, sino de reir... y si hace falta echarlos escaleras abajo, yo me basto... Ande.

(Hidalgo ha ido empujando hac a la puerta de la izquierda a Peregrina, y al volver encuentra ya a Angelita y a Soler, que acaban de entrar por el fondo.)

TRI.—¡Holá!

HID.—(Muy obsequioso.) ¡Adelante, primo Soler!

SOL.—Buenas tardes.

HID.—Dale una silla al querido primo, Angelita.

SOL.—(Desconcertado.) Vengo únicamente por la guitarra que nos dejamos olvidada, y me voy en seguida.

HID.—¿Conque viene usted por esa joya que creo que ha costado más que un automóvil? Me han dicho que su amigo la heredó de Tárrega.

SOL.—Es la compañera de su vida, supóngase... No se separa nunca de él.

HID.—¡Pobre guitarra! Ya debe de oler algo a aguardiente. (Angelita y Trini no pueden contener la risa. Soler, desde el principio de la escena, trata en vano de leer en el semblante de Trini, y le mira el cuello, donde aparece el alfiler.)

SOL.—¿Pero de qué te ríes?... (Al ver reirse también a Angelita.) ¿De qué

os reis? Yo no creo que el señor Hidalgo haya tenido intención de hacernos reír.

HID.—Es usted muy sagaz, querido primo.

SOL.—Así, que esas risas...

HID.—No hágais moralizar al primo Soler, vaya...

SOL.—Es que si seguís riendo, me consideraré ofendido.

HID.—¡Quién habla de ofensas!... Si alguien le ofendiera, no serían en todo caso ellas que se ríen, sino yo, que por lo visto soy muy gracioso y las hago reír.

SOL.—Usted sabe que yo soy un caballero, y que los caballeros, cuando se les provoca...

HID.—¡Vamos, hombre!... Déjese usted hoy de bromas y de desafíos. ¡Tendría gracia ver a dos parientes tan cercanos como nosotros, yendo a buscar padrinos para desafiarse!... Y que yo, como no soy amigo aquí de nadie, tendría que echar mano de El Manitas y de cualquier chofer de automóvil para que me apadrinaran. (Nuevas risas de Angelita y Trini.) ¡Haced el favor de no reiros, que va a ofenderse!

SOL.—Yo sabré cómo he de resolver esto: no es aquí el sitio más a propósito. (A Trini.) Haz el favor de la guitarra, tú.

HID.—Se la dará Angelita... Trini acaba de hacerse sangre en una mano al ir a prenderse en el cuello el alfiler. (Nuevas risas)

SOL.—Reíros, reíros... Cuando lo sepa tío Federico, él dirá si esto es modo de tratar a un pariente. «A los tuyos con razón y sin ella», dice el refrán; y vosotras, en vez de eso, hacéis causa común con un extraño.

ANG.<sup>a</sup>—(Indignada.) Antonio no es aquí un extraño, y si te permites andar con desafíos o con amenazas, soy yo misma quien te va a echar a empujones.

HID.—Gracias por la defensa, nena; pero no hace falta. El primo Soler tiene razón... ¿Qué va a decir don Federico cuando sepa todo lo que ha pasado? Aquí viene precisamente... Cuénteselo usted todo, sin omitir nada, querido primo.

SOL.—Es que tengo un amigo abajo y...

HID.—¡No importa, hombre... cuénteselo! Ya está aquí. (Soler sale precipitadamente e Hidalgo se asoma a la puerta del fondo para decirle aún:) No, hombre..., espérelolo..., espérelolo. (Angelita y Trini ríen a carcajadas. De pronto aparece en la puerta don Federico y las risas cesan. Viene pálido, trémulo, y al principio habla con esa serenidad sombría que a veces precede a las grandes crisis del alma. Detrás de él, llorando, vienen doña Angeles y Peregrina.)

FED.—Silencio... No es hora de llorar... (A Trini.) Acabo de saber, por esta carta tuya y por lo que me ha dicho tu madre, que has querido marcharte de casa... Está bien. Sin duda nuestros desvelos y nuestro cariño no son bastantes para ti. Gracias, hija.

PER.—No le hable así, señor.

TRI.—¡Perdón, papá!

ANG.—(Suplicante.) Federico...

PER.—Ha sido el primo del señorito, que es un descastao...

FED.—Yo encontraré a ese Judas. Puedo ser distraído y tardar en darme cuenta de las cosas, pero sé también vengar las ofensas, querido Antonio... Si aquella vez me hice el desentendido con el marquesito, fué atendiendo a ruegos de todos; pero ahora...

ANG.—¡Por Dios, Federico!

FED.—(A Trini.) Toma tu carta... Te la devuelvo para que un día no tengas que avergonzarte de ella...

TRI.—Nada malo digo en ella, pueden leerla todos. (Angelita coge la carta y lee; doña Ange es lee también por encima de sus hombros; las dos están emocionadas.)

FED.—Puedes ser bailarina, como dices; eres mayor de edad, y según la ley, ya que no según el corazón, no me debes cuentas.

ANG.<sup>a</sup>—¡Papá!... No hay más que ver su carta para sentir lo que nos quiere a todos... A todos nos pide perdón... Hasta a mí, y a Antonio y a Peregrina.

PER.—A ver, a ver dónde me nombra.

FED.—No sería mucho su cariño cuando nos dejaba.

HID.—No siga usted, porque va a contagiarse de la severidad injusta de su pueblo... ¿Me permite que le hable como si fuera ya el marido de Angelita?

ANG.—Sí, sí.

HID.—Su razón para reñir a Trini es relativa. No todo el mundo se resigna a ver malograrse la idea que se formó de su propia vida, por el patrón de la vida que le imponen los otros. Trini no se dejaba llevar: es que quería irse... Y puesto que me ha autorizado a ser franco, le diré que tenía razón.

FED.—¡No faltaba más!

ANG.<sup>a</sup>—¡Antonio!

HID.—Ese Judas, como usted dice, debe de ser para esa casa lo que fué el otro para el mundo y debe redimirla de una vez. Hay que irse, hay que aprovechar un solo escándalo y subir sobre él en lugar de dejar que nos aplaste. Si por temor al momentáneo desorden, o por no romper hábitos de largo tiempo, impone a su casa los sufrimientos de este nuevo escándalo—porque Soler ha de sembrar calumnias que caerán en terreno abonado—; si sigue aceptando ese trato, en apariencia afectuoso, con que a usted lo toleran, y que es por contraste una nueva ofensa a la familia, nosotros, sus hijos, podremos un día pensar que ha sido cobarde o egoísta. Hay que irse. Es absurdo creer que sólo en un sitio se puede vivir; hay que irse en seguida.

ANG.—Sí, sí.

FED.—No se desorganiza una vida así como así.

TRI.—Esto no es una vida, papá.

ANG.<sup>a</sup>—Tú le habías ofrecido que si encontrabas algo que hacer fuera...

ANG.—Piénsalo bien.

FED.—Parece que soy yo el culpable... Hasta Trini me habla como yo debo hablarle a ella... ¡Sólo faltaba que dudarais de mi cariño!

HID.—Pues aceptar es la mejor prueba... Nos crearemos en Madrid una vida de calma, una vida bien nuestra... Y si Trini quiere ser bailarina, que lo sea. ¿Por qué no? ¡Cuántos antepasados de nobles fueron matarifes o piratas! Es cuestión de siglo. Todo se mejora y se dignifica, y lo único indigno es resignarse a pagar culpas problemáticas... ¿Qué sabemos si esa señora fué culpable? (Señalando al retrato.) ¿Vivimos con ella? ¿Conocimos las razones de su corazón?... ¡Ea, a Madrid!... Allí también podrá usted jugar al tresillo, no crea.

FED.—Pero eso será darles la razón, ser más cobardes... ¡Yo también sé pegar y batirme, y estoy dispuesto!...

HID.—Pegarse y batirse... ¡Bah!... Yo tengo de eso una triste experiencia; no podrá usted en un año hacer y soportar los chichones que yo en cuatro meses; pero se cansa uno...

ANG.<sup>a</sup>—¡Eso no es vivir!

HIDAL.—Para que vea usted; esta mañana estaba yo tan contento con las



noticias de Madrid, que no me podía estar quieto en casa, y me puse a ensayar unas carambolas en el Casino... En seguida se formó el consabido grupo y empezaron las indirectas. Yo pensaba: «Que no me estropeen el día, que me dejen terminar mis cincuenta en paz!»... Y no fué posible: a las cuarenta y cuatro, una de las cuchufletas fué demasiado fuerte... y tuve que hacer carambola en la cabeza de uno del grupo.

FED.—¡Es mucho Valleclaro!

ANG.—¡Al fin lo comprendes!

ANG.<sup>a</sup>—¡No hay quién pueda con un pueblo entero!

PER.—¡Una bomba en cá casa había que tirar!

TRI.—¡Sí; hay que huir, huir!

HID.—Huir, no. Se huye de uno en uno; pero cuando se lleva el calor del hogar y la aspiración de una vida mejor, no se huye: es como si se trasplantara la casa... Hay que buscar otro clima moral, ni más ni menos que las golondrinas buscan el calor... No huímos, don Federico, volamos.

FED.—Tiene razón.

ANG.<sup>a</sup>—¡Papá!

PER.—¡Qué!, ¿nos vamos, o no?

FED.—(Con violencia.) ¡Nos vamos!

ANG.—¡Gracias, Federicol!

ANG.<sup>a</sup>—¡Papá, papá!

TRI.—¡A Madrid!

FED.—Sí. (Subiéndose en el sofá y descolgando el retrato de la abuela.) ¡Y la primera que viene con nosotros es la señora! (Hay risas y lágrimas; el telón cae rápidamente.)

## FIN DE LA COMEDIA

# El Cuento Nuevo

**20**

**céntimos**

Aparece el jueves de cada semana y es una revista de lujosa presentación, que tiene como finalidad la formación de elegantes tomos de a doce cuentos cada uno.

**20**

**céntimos**

## LOS DOCE CUENTOS NUEVOS

FORMAN EL PRIMER TOMO:

- 1.º *Mi primer amor*, por Enrique Gómez Carrillo.
- 2.º *Los demonios en Potranco*, por Roberto Molina.
- 3.º *El eterno fuero*, por Pedro de Répide.
- 4.º *Hacia la corte del Buen Retiro*, por Diego San José.
- 5.º *La canallada*, por Joaquín Belda.
- 6.º *La dama del Salón de Mor-nant*, por Alvaro Retana
- 7.º *El marido de la Cele*, por Fernando Mora.
- 8.º *El papá de Isabelita*, por José Pérez López.
- 9.º *Justicias de plebeya*, por Alberto Valero Martín.
- 10.º *La evasión*, por Alberto Ghiraldo.
- 11.º *El canto nupcial de los esclavos*, por R. Cansinos Assens.
- 12.º *El pasado*, por A. Hernández Catá.

TAPAS TRICOLOR, por RAFAEL PENAGOS

**ENRIQUE GUIJO**

DECORACIÓN-CERÁMICA

Mayor, 30

Teléfono 52-11

MADRID

**TAYLOR**

FERNANDO VI, 21

**Samuel Mayo**



El suplemento de discos marca

**GRAMÓFONO**

perteneciente al presente mes, contiene nuevas impresiones de los célebres artistas

**CARUSO-PALET-A. M. CORTS,**

la gentil canzonetista

**ADELITA LULÚ**

y últimas novedades de la Orquesta Tziganes, de París.

---

**Compañía del Gramófono** (Sociedad anónima española)  
Balmes, 56 y 58, Barcelona

Agentes en todas las capitales y poblaciones importantes de España